

MI PRIMERA ESCUELA

Por Ana Seral-2018

Notas introductorias: Enrique Satué

En noviembre de 2018 invité a Ana Seral a redactar unas notas sobre sus vivencias en su primer destino: la escuela de Buesa. Lo hice en el marco de un trabajo amplio que realizo sobre la Historia de la Educación en la provincia.

Ana, en consonancia con su personalidad, redactó un testimonio fresco, sincero y nítido, que posee un alto valor etnohistórico.

Mientras realizo dicho trabajo, he considerado, con la aprobación de Ana, elaborar con su testimonio un artículo para la revista “Xenera”. Para confeccionarlo me he desplazado a Buesa y he visitado su escuela, el escenario donde se movió como maestra . Para ello he contado con la amabilidad de los miembros de Casa Matías, donde se hospedó, y de Casa Alonso, que guardan las llaves del edificio.



El último edificio que sirvió de escuela posee un elevado interés patrimonial. Originalmente se destinó, exclusivamente, a herrería (planta baja) y lugar de juntas vecinales (primer piso). La casa-escuela antigua estaba situada en el barrio de la iglesia o del Pueyo. La conocida como “Casa del Pueblo”, tras la guerra pasó a ser además escuela, una vez abierta una gran cristalera higienista.

Nos ocupamos de esta porque fue el edificio escolar que sirvió de escenario profesional a nuestra protagonista. Pertenece a la arquitectura tradicional del siglo XIX, aquella realizada con la impronta popular y que, en casi todos los pueblos, aglutinaba todos los menesteres públicos: herrería, lugar de juntas del concejo, calabozo y escuela.

Curiosamente, el edificio no ha dejado de tener uso desde la centuria decimonovena. Para ello se ha adosado una rampa de acceso a la primera planta.

Un rápido paseo nos deja ver que la juventud lo utiliza para las fiestas, que alberga una cabina de teléfonos, que todavía sirve como lugar de reuniones y que en él se celebra misa por ser un espacio más recogido que la iglesia parroquial, alejada del centro urbano.

La escuela de Buesa se clausuró el 20 de diciembre de 1978. En la planta baja de su último edificio podemos observar aún el hogar de la herrería. En la primera contemplamos una sala entarimada que en un extremo posee un hogar bajo chimenea popular de planta cuadrada, mientras que en el lado sur se abre una gran cristalera orientada hacia medio día. El hogar estaba rodeado de bancos para las juntas del concejo, en una pared todavía pende una vieja pizarra, y en una lacena de madera se encuentran apilados numerosos libros escolares de todas las épocas, que la Biblioteca municipal de Broto debería recoger para hacer una exposición con fondos de otras escuelas del municipio, para luego guardarlos debidamente o remitirlos al Museo Pedagógico de Aragón. La cubierta es de losa del país y la chimenea se ajusta a los modelos pirenaicos tradicionales.

En suma, a pesar del paso de los años, estamos ante un edificio con valor en el que debió ser grato dar y recibir enseñanza.

Sin más rodeos, vamos con el hermoso testimonio de Ana Seral.



Septiembre 1973. Acabo de finalizar mi carrera de Magisterio y estoy ansiosa esperando mi primer destino. Se hace esperar un poco. Nervios, emoción, inquietud. ¿Me darán destino? ¿Qué me darán? Iban adjudicando los destinos, no sé muy bien con qué criterios, y... por fin... ¡BUENA! ¡¿cómo?! Ni idea dónde estaba. A mirar un mapa grande de la provincia... Me costó encontrarlo.

Empezaba la “aventura” de ser maestra. Diecinueve años recién cumplidos. Era un contrato de sustitución de unos pocos meses.

Me informo de cómo llegar:

1. El *Canfranco* hasta Sabiñánigo
2. Un taxista me recogería allí y me llevaría a Broto por 100 pesetas.
3. Desde Broto, una pista ascendente de unos 2 Km, me llevaría caminando a mi destino. Precioso, si, pero impactante el periplo viajero....

El primer día, con mi maletica y el susto en el cuerpo, aparezco allá arriba y llamo en la primera casa que veo. “Buenos días, soy la maestra”. Me indican la casa dónde me van a acoger. Allá voy.

Era la casa del alcalde pedáneo. Me recibe la señora... Dolores, creo. Tres generaciones convivían: la abuela, el abuelo, matrimonio joven, un niño y una niña en edad escolar y un bebé de meses.

Desde las ventanas de la casa, una preciosa panorámica del valle. La señora Dolores, cuando me vio mirar me comentó: “La otra maestra, se miraba por la ventana y lloraba” (¿?). Yo no sé muy bien de que tenía ganas pero pensé: “Pues yo, no tengo intención de llorar”.

Creo que era una sensación como de estar en un sitio muy lejano, muy aislada.

“Aquellas montañas...ya con nieve... Ufff qué fuerte!”

En la gran cocina, el hogar, la *cadiera*... Era la única estancia caliente de la casa. Allí se hacía la vida familiar. Se cocinaba, se comía, se charlaba, trabajaban la lana con el huso, la rueca y hacían calcetines. Abajo, el establo con vacas. Arriba mi habitación. Un montón de mantas en la cama.

Una vez allí, todo eran sorpresas. Mis sentidos, mi atención, todo me impresionaba.



Nos sentamos a comer. Pregunto

– ¿Qué es ésto?

– *Ensundias* de choto

– Ah!

– Si quieres, puedes traerte algo para el segundo plato y te lo haremos aquí.

Ya lo habían hecho con la otra maestra, y a mí me pareció buena idea, porque la verdad, eso de las *ensundias* me daba un poco de repelús.

Por la tarde, alboroto. Bajamos al establo. Estaba naciendo un ternero! “!Uau...!”

¡Qué maravilla! Pero... ¡qué impresión!

Luego, me ofrecieron el *culiestro*. No tenía ni idea de lo que era. Era una manera de obsequiarme, así lo entendí, pero me excusé como pude....

Al día siguiente, me esperaba el comienzo del motivo real de mi presencia allí: la escuela, los niños... Más expectación, nervios...

Era una escuelita pequeña, un poco separada del cogollo del pueblo. Compartía el camino con las vacas, sus esquilas, sus mugidos, su olor... Me encantan las vacas. Igual es desde entonces.



Al entrar, calorcito, y los niños.... Se habían ocupado ellos de encender la estufa. Era la costumbre.

Eran 10 en total, de casi todas las edades. El pequeño, tenía 6 años. Las mayores, dos chicas de 13 o 14 años. La segunda etapa de la EGB, recién implantada, no se solía impartir en las escuelas unitarias. Se trasladaba a los alumnos a la población próxima más grande. Debieran, pues, haber ido a Broto, pero el acceso a Buesa era, como he dicho, una pista sin asfaltar.

Hablar de esos críos, aún me emociona. Fueron, para mí, especiales.

Lo que había estudiado y el año de prácticas, aunque muy interesante, poco se parecía a ese contexto.

Los niños, tranquilos, felices, ayudándose mutuamente de forma espontánea, con una madurez increíble. Me trataban con respeto, siempre, haciéndomelo todo mucho más fácil de lo que me había imaginado.

No recuerdo todos sus nombres, solo algunos: David, el pequeño. Antonio, uno mediano, Agueda, una de las chicas mayores, los de la casa dónde me alojaba... Pero al grupo, creo que nunca lo olvidaré...

Se acercaba la Navidad. Compré en Huesca unas cartulinas y algo más, para que hicieran alguna cosa que decorara la clase. No sé me daban muy bien esos menesteres, pero con su entusiasmo, interés, agradecimiento, disfrutaban un montón, y yo con ellos. Un día, me propusieron hacer una excursión caminando por la montaña (nevada), hasta un pueblo deshabitado, no recuerdo bien el nombre. Ellos guiarían el “paseo”. Yo estaba dispuesta, contenta como una cría más. Finalmente el tiempo se estropeó, nevió mucho y tuve la precaución de suspenderla. ¡Menos mal! Ahora lo pienso y lo veo una gran irresponsabilidad. Claro, ahora, no a los 19 años.

Cuando llegaba a casa, por las tardes, corregía, ayudaba un poco a los críos de la casa en los “deberes”, preparaba el trabajo, charlaba con la abuela, la madre. Los hombres, venían de estar con el ganado. Las mujeres se ocupaban de la casa, los niños... Sacaban tiempo para hacer cosas como hilar, con el huso y la rueca y hacer unos cálidos *peducos*.

Alguna tarde aparecía por la casa, una pareja de la Guardia Civil. Iban “de ronda” por los pueblos Para mí, era de película. Siempre eran bien recibidos, respetados y obsequiados con lo mejor que tenían (por ejemplo, cecina de choto)

Yo me sentaba casi siempre en la *cadiera*, bien cerca del fuego. Me salían *cabras*, en las piernas, pero es que si no, estaba helada.

La televisión se veía poco y mal, y la radio se oía “regulín” y no siempre. El reloj de la iglesia nos recordaba la hora. De vez en cuando, con este panorama, nos quedábamos incomunicados. Tanto es así que cuando ocurrió el atentado contra Carrero Blanco, las autoridades competentes, decidieron suspender las clases, con lo que se adelantaron las vacaciones de Navidad. No nos enteramos, así que yo seguí dando clase normal. ¡Vaya chasco! cuando me lo comunicó el taxista que me bajaba a Sabiñánigo

Por cierto, por el puerto de Cotefablo, con nieve y algo de prisa para llegar, más de una vez llegaba mareada como un pato.

Como las comunicaciones eran las que eran, negocié con el alcalde un cambio de horario. No hubo ningún problema: daba clase el sábado por la mañana y empezaba la semana el lunes por la tarde.

Tenía la necesidad de bajar a Huesca cada semana. Mi familia, mis amigas, tenía que compartir aquellas vivencias. No callaba... Era como vivir una emocionante aventura. No sé muy bien si esos niños aprendieron mucho o poco durante esos meses, pero yo... yo sí que aprendí. Empecé a ser maestra allí, con ellos. ¡Fue un fantástico recuerdo que nunca olvidaré!

